Tirano de luz y de fragancia

Alfredo Coronil Hartmann

LOS poetas no mueren. Mientras el grande corazón reposa, los latidos se extienden por el orbe y reencuentran sus ecos, multiplicándose en el globo celeste indefinidamente. Me refiero, es evidente, a los grandes poetas, no a los detentadores de la efímera gloria de las capillas literarias, esos grupos decadentes del "autobombo" que suelen oficiar de dispensadores de premios y palmarés en nuestros atrasados países. Me refiero a uno de los poetas mayores de la lengua castellana, en el ya moribundo siglo XX, hablo de Vicente Gerbasi, en quien poema y hombre, en perfecta simbiosis, eran inseparables.

Vicente no acaba de morir, dejó el leve musgo de su tierra el mismo día en que Consuelo, la amada compañera de su vida, dejó de existir físicamente. Ambos sobrellevaron por años una larga y cruel enfermedad, pero el amor los mantenía como dos gotas gemelas de purísima miel, endulzándose la una a la otra como queriendo ignorar la solapada amargura...

No puedo hacer una nota crítica, ni siquiera biográfica, he estado tratando de hilvanar estas palabras desde el momento mismo en que supe que ya no respiraba como los otros hombres, ¡pero es que nunca lo hizo! Vicente bebía, comía, soñaba y amaba poesía, sobrio o menos sobrio, de sus labios caían cincelados vocablos de belleza, fragantes testimonios de su pureza de alma, de su transparente condición humana, de su inagotable y siempre renovado estro poético.

Su magia envolvía por igual a jóvenes y adultos, no olvidaré nunca la extraordinaria impresión que le produjo a los muy jóvenes poetas que concurrían a un taller de poesía del Celarg que yo dirigía (el otro taller, en ese entonces eran sólo dos, estaba a cargo de mi muy admirado Rafael Cadenas). Vicente, con esa timidez domeñada que padecemos casi todos los poetas, me propuso en tono cómplice que nos tomáramos dos "whisquicitos" para entrar en calor antes de enfrentarnos a los "muchachos".

El gesto no pasaba de ser ritual, al Maestro Gerbasi le bastaba estar en presencia de alguien para que éste –aun el menos sensible– sintiera la poesía que de él emanaba como un aroma decantado y perfecto. Nunca tuvimos una reunión de taller más animada; la admiración, el respeto y el cariño, nacidos como quien respira, se mezclaban creando una atmósfera realmente inolvidable. Nada más lejos que los aires de magister que afectan algunos poetillas de celofán. Vicente se integró como un aprendiz más, y era lo lógico. Los poetas sabemos que apenas intuimos un resquicio de luz, que nadie sabe poesía y el que crea lo contrario –sin lugar a dudas– no es poeta.

Cantarle a una voz superior, evocar el eco de unos versos que perdurarán por sí mismos, resulta ocioso.

Quiero terminar este difícil y doloroso comentario dominical con los primeros párrafos del último canto de su extraordinario **Tirano de sombra y fuego**: Cuando nace una flor y sus colores/ se hunden en nuestros ojos abismales,/ el tiempo va avanzando hacia la muerte/ de soles y cometas./ Nuestro mundo que dio música al hombre/ y templos para Dios hizo de piedra,/ irá girando hacia el eterno frío.

El Universal, 31 ENE 1993